

¡Viva Luis Pardo!

Ga
gran angular



Óscar Colchado Lucio

¡Viva Luis Pardo!

Óscar Colchado Lucio

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ Centro Bibliográfico Nacional	
869.56	Colchado Lucio, Óscar, 1947-
C71V	¡Viva Luis Pardo! / Óscar Colchado Lucio.-- 1a ed., 3a reimpr.-- Lima :
2016	Eds. SM, 2016 (Lima: Metrocolor). 197 p. ; 21 cm.-- (Gran angular ; 3/P)
	Glosario: p. 187-194.
	D.L. 2016-12480 ISBN 978-612-4055-59-1
	I. Novelas peruanas - Siglo XX 2. Novelas de aventuras I. Título II. Serie.
BNP: 2016-616	S-15850

¡Viva Luis Pardo!

Primera edición: octubre de 2010

Primera reimpresión: octubre de 2014

Segunda reimpresión: agosto de 2015

Tercera reimpresión: setiembre de 2016

Ilustración de cubierta: Germán Luna

Retoque digital: José Quijaite

Diagramación: Rocel Rodríguez

Coordinación editorial: May Rivas

- © del texto: Óscar Colchado Lucio
- © de esta edición: Ediciones SM S.A.C., 2010
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (511) 614-8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima

www.metrocolor.com

Tiraje: 3 000 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-59-1

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2016-12480

Registro de Proyecto Editorial: 31501311601008

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



¡Viva Luis Pardo!



Óscar Colchado Lucio



*A la fraterna y cálida amistad
de don Carlos Figueroa
y don Luis Castillo Pardo.*

*Si ustedes son hombres y no amujeraos,
salgan a las jalcas a encontrarse conmigo
y allí veremos quién es quién y no que estén
como gallinas cacareando en sus corrales.*

Luis Pardo

El preso

—*Que lo busques dizque a Luis Pardo, shay,
y que por la Virgen le des aviso que los
gendarmes se lo están llevando preso
a la cárcel de Huaraz...*
*¿Cómo?, ¿que no puedes? ¿Que lo busque yo?...
No, yo ni pensarlo, hom;
a mí no me conoce.*
*¿Y si me mata o algún daño me hace
confundiéndome con sus contrarios?*
*¿No dicen pues que es un fiero bandolero?...
Ah!, bueno, a su hermana Rosalía
sí puedo darle el recado, cómo no...*

En Chontapunta, en un feo atajo del camino que iba de Chiquián a Huaraz, escondido tras unas peñas atacaditas de musgo, un jinete de poncho, sombrero, botas y carabina Winchester terciada sobre la espalda, de rato en rato alargaba el pescuezo para observar con unos gemelos a los seis hombres a bestia y uno a pie nomás que acababan de entrar en la quebrada.

En el cielo oscurecido feamente por grandes nubarrones que anunciaban una fuerte mangada, una quillicsha que pasaba muy alto persiguiéndolo a un halcón, ¡pahrr! ¡pahrr!, se suspendió unos instantes en el aire, vibrando como un picaflor, y luego continuó su vuelo.

—No soy supersticioso, mi teniente, pero con esta son ya tres veces que veo a ese pajarraco volando sobre nosotros, mirándonos como a su presa. Ahora véalo perderse de nuevo a lo lejos.

—Tonterías —respondió de mala gana el jefe del destacamento al gendarme que acababa de hablar, en tanto sin dignarse siquiera a mirar a lo alto, afanado se palpaba los bolsillos en busca de fósforos con qué prender el cigarro que apretaban sus labios moreteados y pispados por el frío.

Los demás hombres, uniformados como aquéllos —de azul con franjas verdes, quepis y botas—, alzaron, en cambio, curiosos, la mirada; pero sólo alcanzaron a ver el ave que se perdía como un puntito a la distancia.

El hombre que iba a pie marchaba adelante. Para evitar ser atropellado por el caballo del primer gendarme, corría de rato en rato. Llevaba las manos amarradas hacia atrás con una soguilla que se extendía hasta el arzón de la montura de su custodio.

El no se atencionaba de nada que inquietara a los demás, pues su pensamiento se hallaba sumido en las ocurrencias últimas de su vida: el gringo Jonathan Adams, administrador de la hacienda Ututupampa, lo había hecho tomar preso, acusándolo de levantisco, de estar dizque promoviendo el alzamiento de los peones de la hacienda

Uchusquillo y de los comuneros de Pachas en contra de la hacendada doña Rosenda Martel.

De hace tiempo ya andaba corrido corrido nomás, hasta que ayer por la mañana cuando afanado se hallaba trasquilando sus ovejas en el paraje de Cajón Ragra, por la Cordillera del Burro*, el pastor Cadillo, su vecino, vino a darle el aviso todo agitado que la fuerza guiada por Adams y algunos empleados se hallaba cerca, buscándolo.

Llevándose a Clotish, su niña de cuatro años, echó a correr por esa bajada hacia Pachapaqui.

Cuando llegaba al río, le dieron alcance. Las balas tronaron en esa quebrada profunda llena de cortaderas, y él por evitar que su niñacha más se asustara, tuvo que entregarse.

Y ahora lo estaban conduciendo a Huaraz dizque para su juzgamiento. ¿Qué juzgamiento?, se preguntaba él, Celedonio Gamarra, que así se nombraba, ¿era delito acaso reclamar por los justos derechos de los pobres?

Natural de Chiquián, se estableció en la hacienda Uchusquillo, al otro lado de la Cordillera Blanca, en el Callejón de Conchucos, por el compromiso que tuvo con una uchusquiliana, madre de Clotish, quien murió justamente al dar nacimiento a la niña. Celedonio, sin embargo, siguió viviendo allí a pedido de los mismos uchus que lo habían nombrado su personero para hacer las reclamaciones ante la patrona. Exigían el pago de jornales, pues ya estaban cansados de trabajar gratis todo el tiempo; y no era justo, oiganes, había dicho él una vez en la asamblea, que además los llevaran como a carneros, a deslomarse en las otras

* Ver glosario.

propiedades de la dueña en la parte de Huánuco, o a hacer servicios en su casa de Huallanca, de donde los devolvían después de un mes, dándoles como único pago un par de llanques, un atadito de sal y veinte centavos miserables. Esta vez, ellos no se estaban oponiendo a trabajar, taitas, pero querían ganar jornal, eso era todo.

Sí, eso era todo, pero el gringo Adams, que manejaba como dueño las haciendas de la mujer (viuda, que últimamente más paraba sólo en Lima), lo había acusado también de estar dizque calentando la cabeza de los pachasinos, comuneros libres, cuyos problemas de linderos con la hacienda eran de todos conocido y en donde él nada tenía que ver. Esa tinterillada también a las claras estaba que era para meterlo preso toda su vida, tal como aquél lo había amenazado.

Luego de dejar atrás la quebrada, el grupo subía ahora por la cuesta empinada. Un vientecito helado hacía alborotar las hierbecitas y las flores amarillas y azulinas que crecían junto al camino.

Celedonio avanzaba por ratos dando bandazos. Se sentía débil, muy débil. Un día y una noche había permanecido encerrado en esa cárcel pestilente, de muros de adobe y piedra, de Chiquián.

Sentía nostalgia, mucha nostalgia por su niña, a quien dejó encargada en una casa del camino, suplicando que la llevaran donde doña Rosalía Pardo, hermana de su compadre Lucho, quien era muy cariñosa con su hijita.

No pasó mucho tiempo cuando al fin se asomaron al alto del camino y se acercaban a un recodo, por donde continuarían ladera ladera nomás hasta cierta parte, para

luego descender por un camino escabroso hacia la Pampa de Lampas, donde la travesía se haría menos penosa y los animales tendrían pasto y agua, agua en abundancia de la gran laguna de Conococha que da nacimiento al río Santa.

Eso pensaban el teniente y sus subalternos, cuando de pronto, cómo nomás será, un hombre emergiendo de entre la peñolería del cerro, con carabina a la espalda y sendos revólveres en las manos, de un felino salto cayó sobre la roca que dominaba el camino y, mientras apuntaba, dejó oír su voz como rugido de puma:

—¡Arriba las manos, carajo, o me los tumbo a todos!

¡Pucha! Los otros que se hallaban todo descuidados casi pegan un brinco de susto. Su cigarro del teniente también, ¡plin!, se cayó de su boca. Las bestias por el contrario se quedaron quietas, como si para ellas la orden hubiera sido de inamovilidad.

Sólo el Celedonio, sintiendo la alegranza que quería desbordar su pecho, exclamó:

—¡Luis Pardo!

Recién entonces los gendarmes pudieron saber de quién nomás se trataba. Sí, era el mismo a quien tantas veces hasta habían soñado persiguiéndolo por punas, quebradas, hondonadas, sin poder agarrarlo nunca. Y esta vez lo tenían a pocos, a escasos pasos, amenazándoles con hacerles dizque un hueco en la misma frente, so jijunas, si algo intentaban.

De veras, era fuerte como un oso ese mestizo de finas facciones, de tez bruñida por el sol y el frío de las alturas. Ojos negros, vivos, dominadores. No era alto ni



GRAN ANGLULAR

¡Viva Luis Pardo! es una novela de aventuras situada en los albores del siglo XX. El legendario personaje, que se convirtió en justiciero robando a los ricos para ayudar a los pobres, cabalga por el nevado Yarupajá y los pueblos de la hoya del Marañón, donde una banda de malhechores asalta y roba tomando su nombre. El héroe no cesa en su empeño por descubrirlos y darles su merecido castigo, apoyado por los campesinos que habían sido víctimas de la banda. Con trepidantes pasajes de acción, suspenso y romance caballeresco, esta novela atrapa al lector de la primera a la última página. Otros libros de Óscar Colchado en Ediciones SM: Rajito y la princesa del médano. Historias de mascotas.

ÓSCAR COLCHADO LUCIO (Ancash, 1947) es poeta, cuentista y novelista, siendo uno de los pilares de la literatura infantil peruana y andina en general. Entre sus obras más importantes están *Cordillera Negra* (1985) y *Rosa Cuchillo* (1997). Ha recibido el Premio Copé (1983), el Premio Internacional de Cuento "Juan Rulfo" (2002), entre otros.

ISBN: 978-612-4055-59-1

132787



9 786124 055591

Hecho en el Perú